

Jacques Testart y Christian Godin

EL RACISMO DEL GEN BIOLOGÍA, MEDICINA Y BIOÉTICA BAJO LA FÉRULA LIBERAL

1. Introducción

Christian Godin: Jacques Testart, los trabajos que usted lleva a cabo tanto en el frente de la investigación como en el de la reflexión plantean cuestiones tan numerosas que conviene ordenarlas y relacionarlas.

Ante todo, están las profundas perturbaciones padecidas por la biología moderna: hoy, la manera de practicar la ciencia de lo viviente no tiene mucho que ver con la de sus padres fundadores. Luego –y esta cuestión se relaciona con la anterior– están las perturbaciones no menos profundas padecidas por la medicina moderna que ya no es, como antaño, una simple aplicación del conocimiento del cuerpo humano para curarlo cuando está enfermo. Y por último, hay una reflexión sobre la ética nacida de estas perturbaciones, actividad conocida con el nombre de “bioética”. Por lo tanto, tras una breve presentación de su carrera y de su trabajo, encararemos sucesivamente esas tres cuestiones: la metamorfosis de la biología, la metamorfosis de la medicina y la crítica de la bioética.

Si no me equivoco, su formación es la agronomía. Primero fue ingeniero agrónomo y llevó a cabo una investigación y una práctica biotecnológicas sobre animales. En una obra titulada *De l'éprouvette au bébé spectacle*, decía usted que un día se dio cuenta de que lo que hacía era *patafísica*:

Mi ocupación era embarazar por la fuerza a desconfiadas hembras bovinas, mediante una catapulta que propulsaba al útero de los pobres animales a unos embriones que no conocían ni por asomo. Un día que había guardado mi catapulta, me encontré hojeando un tratado del Colegio de Patafísica, por lo cual, desde el día siguiente, mi herramienta pasó a llamarse “pataculto” al tiempo que en la puerta de mi oficina escribía: “J. T., patacultor”.¹

La patafísica, tal y como la define su inventor, Alfred Jarry, es la teoría de las soluciones imaginarias. ¿Fue en relación con dicho

sentido como se desvió usted de su primer oficio? En el prefacio de su última obra, *Des hommes probables*, al hablar de los disparates en los que cae hoy la agronomía, usted escribe: “en 1977, exploraba por el lado de la investigación médica, que debía estar por encima de tales mediocres finalidades”.² Pensaba que encontraría un campo que fuera menos ‘teratogénico’ (o “testarogénico”, como dice en broma), o sea, no tan monstruoso, orientándose hacia la investigación médica. Por lo tanto, pasó de los animales a los hombres, y en 1982 eso lo condujo a ser el “padre” –a todas luces el término posee una fuerza simbólica extrema– de la primera bebé de probeta francesa, Amandine. Esto se produjo cuatro años después de la première mundial, una beba llamada Louise Brown, que nació en 1978.

Entonces, su trabajo es la asistencia médica para la procreación, y como resultado de este éxito, que a la vez tenía un valor profesional, mediático y científico, acaecieron nuevos rechazos y nuevos interrogantes, y se dio a conocer al gran público por posiciones éticamente fuertes, posiciones que sin duda son muy minoritarias en el medio en que usted evoluciona, porque rechaza el pragmatismo que es como su filosofía natural. A partir de 1984, o sea, tan sólo dos años después del nacimiento de Amandine, usted escribe: “mi actividad de investigación sobre la FIVETE*¹ me llevó a escribir en la puerta de mi nueva oficina: ‘J. T. Probador. Invientor’”.³ Usted rechaza con determinación el cobarde argumento convencional del “si no lo hago yo, de todas maneras otros lo harán”,⁴ el cual, dice usted, es el argumento del cana que aporrea a los manifestantes. Me dirá si simplifico excesivamente, pero lo que parece caracterizar su posición es el rechazo del pragmatismo en nombre de principios que pueden calificarse de humanistas.

Hace poco, en un semanario, Henri Atlan afirmaba:

Es imposible hacer una reflexión sobre esos problemas permaneciendo en el nivel de las grandes expresiones como “eugenismo”, “manipulaciones genéticas sobre el Hombre”, “genoma humano”, “clonación humana”, fórmulas todas que desencadenan representaciones confusas y locas en muchos. Cuando lo que alimenta los debates son esas mismas representaciones, es molesto.⁵

Así, pues, todas esas expresiones, si se sigue esa línea crítica, estarían absolutamente fuera de pensamiento, interferirían toda posibilidad de pensar.

¿Se trata de un punto de vista que usted comparte? ¿Cómo hablar de esas cosas que hoy se llaman “biotecnología”, “clonación y procreación médicamente asistida”, etc., expresiones que de alguna manera cayeron en el dominio público? ¿Realmente se habla, con tales palabras, de objetos científicamente representables o bien sólo se está haciendo ideología?

Jacques Testart: efectivamente, con frecuencia se hace ideología, pero ¿no es un poco también lo que hace Atlan cuando pretende que el resultado de una clonación humana no sería un embrión, el que únicamente podría ser concebido por la

fecundación? Existen animales (por ejemplo, los pulgones) que conocen alternativamente fases sexuadas y asexuadas (partenogénesis), cosa que no impide que cualquier pulgón sea primero un embrión de pulgón... La higiene del lenguaje, en efecto, permitiría suprimir palabras fuertes, pero, al mismo tiempo, ¿no corre el riesgo de volver insulso el mismo contenido de dichas palabras, es decir, también las representaciones que vehiculizan y que no están desprovistas de sentido? El ejemplo de la palabra “eugenismo” (sobre la cual volveremos) es elocuente: inventada por científicos, fue conservada por los nazis, pero realmente lo fue porque tanto en una como en otra situación definía la misma obsesión de pureza. Querer borrar hoy la palabra es pretender borrar dicha obsesión, que dista mucho de desaparecer... Y, por lo tanto, exponerse a volver a empezar, a vivir otras derivas.

Ya que usted me invita a hacerlo, me gustaría recapitular un poco mi recorrido... En efecto, mi formación es agronómica. Hice estudios de biología, y no soy médico, aunque desde hace bastante tiempo me encuentro en un circuito médico, pero fue tal vez por el hecho de no serlo –de no haber prestado el juramento de Hipócrates en particular– que tampoco tengo el sentido de esa confraternidad especial con el cuerpo médico, por lo que pude permitirme cierta cantidad de críticas. Y también porque en mi primera existencia de investigador hice en la investigación agronómica lo que llamo “mi experiencia bovina”, que recaía esencialmente en la mejora de las razas bovinas mediante transplantes de embriones. Me di cuenta de que un investigador puede verse llevado, casi bajo órdenes –en todo caso, aconsejado por las autoridades que lo reclutaron–, a realizar un trabajo estúpido.

La cosa duró unos doce años: me habían pedido que mejorara la producción láctea de las vacas por métodos que no fueran de selección tradicional. Se trataba de lograr una descendencia abundante para una vaca de alta calidad. En la vaca, como en la mujer, la gestación dura nueve meses y engendra un solo hijo. Por lo tanto, la selección no es muy eficaz. Al toro se lo puede multiplicar mediante la inseminación artificial, pero la vaca tiene un mal rendimiento en términos de *reproducción*, es decir, de procreación (me parece que hay que hablar de *procreación*, incluso para las vacas).⁶ Puede considerarse como muy insuficiente el hecho de que una vaca que produce leche en abundancia únicamente pueda tener algunos terneros. Por consiguiente, había que encontrar un sistema de mejora, y ese sistema fue aplicado luego a la mujer con el nombre de “madre portadora”: se trataba de hacer que una hembra emitiera muchos óvulos y fecundarlos *in vivo*, es decir, en el cuerpo, por inseminación artificial (todavía no se sabía realizar la fecundación *in vitro*, salvo entre los roedores). Como el objetivo veterinario era obtener muchos hijos a partir de esa vaca, se recuperaban esos embriones, surgidos de progenitores macho y hembra de alta calidad genética, para distribuirlos en la matriz de hembras comunes (novillas porque su cría es menos costosa), y

engendrar así varios becerros al cabo de nueve meses, los que debían heredar las cualidades genéticas de origen.

Todo esto parecía lógico técnicamente; por lo tanto, me enfrasqué en el trabajo, y la cosa funcionó. Hice los primeros ensayos exitosos en 1972; describí técnicas nuevas. Otros lograron hacerlo mediante cirugía en el mismo momento, pero yo puse a punto un método muy sencillo que llamé *patacultura*. Me paseaba con mi caja de herramientas por las cooperativas de cría y hacía absolutamente todo solo: recogía los embriones... en fin, hacía toda la cosa. Luego, al cabo de unos doce años, cuando pasé mi tesis –porque ése era el tiempo en que se hacían tesis en diez, quince, veinte años–, me percaté de que había trabajado para un objetivo absurdo: en la época en que comencé este proyecto, es decir, en 1964, algunas directivas europeas ya pedían limitar los excedentes de leche, ¡y yo había trabajado para que hubiera más!

Entonces me volví hacia la gente de mi organismo, el INRA,^{*2} y le dije “¡pero me hicieron hacer el trabajo de un idiota!”; ellos me respondieron “de ninguna manera, señor, el objetivo no es hacer más leche sino hacer animales cuya productividad esté aumentada”. Lo cual significaba que con la misma cantidad de vacas, o menos, harían la misma cantidad de leche. Bueno, en todo caso, comenté a esas personas: “pero son técnicas que cuestan caro, hay muchos criadores que conozco que están desocupados porque no pueden participar en esta competencia de producciones, ¿y realmente es muy útil lo que hicimos?”. En resumen, como nadie entendía, me fui y, como usted afirmaba, me volví hacia el mundo médico. Rápidamente me solicitaron porque había muy poca gente en ese medio médico que conociera la fecundación, que supiera qué cosa es un óvulo o un espermatozoide. Entonces reinaba una ignorancia crasa en materia de “reproducción” humana; hay que reconocer que la cosa empieza a cambiar un poco, esencialmente gracias a la procreación asistida.

Se necesitaba gente como yo; me orienté hacia el medio hospitalario repitiéndome “será otra cosa, allí no van a hablarme de competencia, de cuotas y de productividad...”, pero bastante rápido me di cuenta de que lo que oía era poco más o menos el mismo tipo de discurso. Para decirlo brevemente: los ginecólogos se interesaban en mi experiencia del mismo modo que los criadores que tenía a mis espaldas cuando estaba con las vacas. Yo me sentía preparado para reaccionar, no sólo porque no era médico, sino gracias a esa experiencia bovina que me había dejado un gusto muy amargo: ¡haber llevado adelante una acción absurda con éxito, y por la cual me felicitaron! Resulta muy difícil aceptar eso cuando uno aspira al *status* de hombre honesto.

Así que abrí los ojos, y pocos años me hicieron falta para darme cuenta de que se reproducía la historia; sin embargo, no totalmente idéntica, porque permitir que una pareja estéril tenga un chico, en todo caso, es una actividad útil. No es ilegítimo querer un niño, aunque uno sea estéril, y además por eso sigo trabajando en esa

senda. Pero la manera en que se adueñaba de esto el mundo médico, con prioridades para ciertos pacientes, con invenciones estúpidas para tratar de captar clientes o cobrar más caro, con una suficiencia grotesca, en fin, todo cuanto puede conocerse de la medicina “de punta” cuando se trabaja en un hospital... Realmente la cosa no me gustó, y lo dije en *L'œuf transparent*, en particular, libro publicado en 1986.

También manifestaba que un investigador podía formularse preguntas sobre lo que hace, que hay que dejar de sacralizar la investigación, que no se hace investigación porque es implícitamente legítima, porque se tiene el derecho y el *deber* de elegir su objeto de investigación, y yo había elegido. No había elegido no hacer investigación, según la reputación que me labraron, sino que había elegido no lanzarme a cualquier cosa. Yo había tenido la intuición de que la fecundación *in vitro*, capaz de exponer al embrión humano fuera del cuerpo y tornarlo accesible al análisis, no había sido inventada solamente para asistir a la procreación de ciertas parejas, felizmente minoritarias. No disto mucho de reconocer que tal intuición, por poco científica que resulte, fue mi contribución más importante a la sociedad.

En ese momento, sentí que la perspectiva de la ayuda a las parejas estériles iba a evolucionar forzosamente, porque no sólo el embrión se hallaba expuesto fuera del cuerpo sino también porque se producían muchos óvulos (y, por ende, embriones) para una sola mujer, como antes se lo había hecho para las vacas. En promedio, se obtienen diez óvulos por mujer, pero yo he visto producir hasta ochenta. Se fabrican embriones para una buena mitad de dichos óvulos; por lo tanto, con mucha frecuencia se encuentra uno con una decena de embriones para una sola pareja. Sin embargo, en los países desarrollados las parejas modernas quieren alrededor de 1,4 niños; lo mismo ocurre para la gente que pasa por la fecundación *in vitro* (en uno de cada tres casos les hacen dos a la vez, ¡así tienen su dosis!).

Yo me decía que no podía ser inocente haber extraído el óvulo del cuerpo de la mujer, haberlo puesto en un frasco, haber hecho un poco como hacen las ranas. Al fin y al cabo, todas esas son invenciones relativas; las invenciones de la medicina de la procreación no hacen sino imitar procesos que existen en el animal, cosa que deja a uno estupefacto: la superovulación, la inseminación artificial, la conservación de esperma y de embriones, y muchas otras “técnicas de punta” copian numerosas prácticas bien conocidas en el mundo animal, en particular entre los insectos o los peces. Lo único que se hizo fue reproducir procedimientos que algunas especies diferentes de nosotros conocen desde hace tiempo: la fecundación fuera del cuerpo es bastante común en el mundo animal, y jamás existe entre los mamíferos. En el ser humano era nueva, y yo me decía que la cosa no podía quedar ahí, no serviría únicamente para permitir que una pareja estéril tuviera un bebé: puesto que los embriones estaban allí en la probeta y todavía no en

el vientre, llegaría la tentación de identificarlos para escoger el *mejor* y así convertirlo en un niño.

Entonces, cuando escribí en *L'œuf transparent* que jamás haría eso y que, para mí, el encuentro de la medicina de la procreación que yo practicaba con la medicina genética de identificación que empezaba a aparecer era potencialmente muy grave para el porvenir de la humanidad, se burlaron notablemente. Algunos genetistas, en particular, mostraron que no creían en la genética al decir que era imposible, que jamás, a partir de un embrión de cuatro, seis u ocho células, se podría realizar una identificación seria. Hubo que esperar cuatro años solamente para que los ingleses nos demostraran que era posible. Sigán a los británicos... A menudo es allá donde pasan las cosas nuevas, tanto las ovejas clonadas como la fecundación *in vitro* o los injertos de ovarios. En resumen, hicieron falta algunos años antes de que esta técnica comenzara a desarrollarse; es balbuciente como toda nueva técnica, porque todavía cuesta caro, porque hay que salir de la puesta a punto.

Ya nacieron algunos cientos de bebés, luego de haber sido seleccionados en el huevo, en el seno de la probeta, sobre criterios genéticos; esto me parece totalmente evidente: se asistirá al desarrollo de la medicina de procreación selectiva. Se fabricarán niños, y probablemente se diga que tienen mejor salud que la media de los niños hechos a la buena de Dios.

Notas:

¹ J. Testart, *De l'éprouvette au bébé spectacle*, Bruselas, Complexe, 1984, p. 15.

² J. Testart, *Des hommes probables*, París, Seuil, 1999, p. 12.

^{*1} FIVETE es la sigla correspondiente a *fécondation in vitro et transfert embryonnaire* (fecundación *in vitro* y transferencia embrionaria), también llamada FIV [N. del T.].

³ J. Testart, *De l'éprouvette...*, ob. cit., p. 11.

⁴ *Ibidem.*, p. 116.

⁵ *Marianne*, núm. 133, 8-14 de noviembre de 1999, p. 68.

⁶ Véase *infra*.

^{*2} INRA es la sigla correspondiente a *Institut National de la Recherche Agronomique* (Instituto Nacional de Investigación Agronómica) [N. del T.]